

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



SANGRE Y ACERO

POH

HELEN HOLMES, WILLIAM DESMOND, ETC.

Nº 116

30 cts.

*La Novela Femenina
Cinematográfica*

Director FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 719. - Barcelona

Año III

N.º 316

Sangre y acero

*Film sentimental americano, interpretado por los
notables actores*

Helene Holmes y William Desmond

Exclusivas FÉNIX

Rambla Catalunya 46, pral - BARCELONA

SANGRE Y ACERO

Argumento de la película

Por la época en que se desarrolla la acción, se estaba construyendo en la costa del Pacífico, uno de los múltiples ramales, que unen la línea general con los infinitos pueblos y ciudades del interior.

El concesionario de las obras, Jorge Morgan, había puesto al frente de las mismas, al ingeniero Davore Palmer.

Era este hombre ruin y ambicioso, capaz de todas las ruindades y aun de todos los crímenes, con tal de ver satisfechos sus afanes de lucro y de placeres.

Enamorado, no sabemos, si de la hija de Morgan o de su dinero, Davore se había puesto en tratos con una empresa rival, interesada en el retraso indefinido de la inauguración del nuevo ferrocarril y recibía de ella una fuerte asignación.

En la zona donde se efectuaba entonces el replanteo, se hallaba enclavada la taberna de Yurquin, donde los obreros robaban

horas al trabajo con la complicidad interesada de Davore.

Era aquella taberna el antro indispensable en toda explotación lejana de poblado y en la que los infelices trabajadores van a dejar, estupidamente, el fruto de su trabajo, en las horas de ocio, que allí, por los proyectos de Davore, eran más largas que en parte alguna.

Aunque empleado también en las obras del ferrocarril en construcción, Yurquin, un mejicano de instintos perversos y alma miserable, conocido por el apodo de "El Terrible", estableció aquel tugurio para aumentar sus ingresos explotando a sus compañeros, con la complicidad y aun el apoyo monetario de Palmer.

Como no había otro sitio a donde ir, los trabajadores se proveían de todo lo necesario en artículos de comer, beber y vestir en la tasca maloliente y dándoles gato por liebre, como vulgarmente se dice, los ingresos de la sociedad Palmer-Yurquin aumentaban considerablemente.

La víctima principal, la más sacrificada por el envejecimiento de Yurquin, era su sobrina Vera, preciosa muchacha de veinte años, que era una flor delicada en el fango pestilente de aquel antro y a la que respetaban únicamente los parroquianos por miedo a los puños de su tío, siempre dispuestos a entablar una conversación "amistosa".

Puede comprenderse qué clase de hombres serían los obreros de la concesión, cuando aceptaban manejos tan sucios como los del ingeniero. Gente viciosa y corrompida más amantes del colopio líquido y la juerga escandalosa, que de empuñar la herramienta de trabajo.

Pero como en todas partes hay excepciones, entre aquel atajo de bribones, entre los cuales ejercía el Terrible, a la vez, las funciones de Capataz y proveedor, había algunos hombres honrados, siendo uno de ellos Tommy Rater, que no tenía más "vicio", que el estar profundamente enamorado de Vera, ni más "castigo" que el que ésta le correspondiera en igual medida.

Aquel día, mientras los obreros celebraban una juerga, no sabemos qué truhanería de Davore Palmer, los dos jóvenes pegaban la hebra, cuando fueron interrumpido en lo mejor de la parla, por Yurquin, y para disimular, Tommy sacó su libreta en la que iba apuntando día a día las compras al fiado en aquella especie de bazar inglés.

Comprobada la libreta del obrero, con el libro de asientos de Yurquin, los dos no estaban de acuerdo.

—Ha suirido usted una equivocación de seis dólares — dijo el obrero—. Yo no me he comprado ningunas botas este mes.

—No creo que quieras decirme con eso

que te engaño — contestó el capataz—, porque de ser así podría costarte caro...

Y al decir esto el gesto de Yurquin era amenazador.

Vera quiso intervenir conciliadora:



—No creo que quieras decirme con eso que te engaño...

—Tommy lleva razón, tío. Este mes no llevó ningunas botas.

Pero el tío más irritado aún por aquella declaración favorable, que ponía de manifiesto sus manejos "industriales", montó en cólera y mal lo hubiera pasado el pobre Tommy, si no hubiera entrado en aquel momento en la taberna como una tromba, el ingeniero Davore.

Acercóse éste a Yurquin y le dijo en voz baja:

—Ahi está el "viejo". Será preciso que los hombres hagan como que trabajan mientras él esté por aquí.

Dió el capataz órdenes rápidas y enérgicas y como por encanto cesaron bailes, juegos y libaciones y aquellos hombres medio beodos, fueron haciendo equilibrios a representar otro acto de aquella comedia repugnante.

En efecto, el concesionario de las obras, Jorge Morgan, acababa de llegar en automóvil a los terrenos de la concesión.

El inexplicable retraso de las obras le llevó a girar una inspección personal, acompañado, como siempre, por su hija Elena, encantadora chiquilla en cuyos bellísimos ojos negros y profundos, brillaba una energía, no muy común en su edad y para su sexo.

Ya en terrenos de las obras, Morgan detuvo su automóvil para ver el trabajo de los obreros y convencerse del estado de las labores. Dávore Palmer se acercó presuroso al automóvil y después de saludar afectuosamente a padre e hija, empezó a dar al primero los detalles que solicitaba y la explicación que requería del retraso.

—Veo con disgusto — dijo Morgan — que continúa Yurquin de capataz de las obras.

Frunció ligeramente el ceño Palmer.

como disgustado por la torpeza de Yurquin al mostrarse tan al descubierto y Morgan continuó:

—Recordará que después de la última trastada que nos hizo, le ordené que lo despidiera para siempre.

—Es verdad, Morgan, pero necesito un hombre fuerte para dominar a los obreros... Ya sabe usted que con esta gente hay que emplear más los puños que el razonamiento.

En aquel momento pasó ante el coche un grupo de trabajadores con los picos al hombro y un fío de ropa a las espaldas. Entre ellos iba nuestro conocido Tommy Bater.

—¿Y esos?... — preguntó Morgan.

—Son obreros que acabo de despedir porque carecen de condiciones para el trabajo.

—Esto — dijo Morgan contrariado y volviéndose a su hija, que no perdía una sílaba de aquella conversación — será un motivo de retraso en las obras, que según lo convenido, debieran estar terminadas antes que el Gran Dique.

No contestó Palmer a este inciso, y aun se mordió los labios contrariado al oír preguntarle a Morgan:

—A propósito, ¿quién es el ingeniero del Gran Dique?

—Gordon Steele—contestó de mala gana.

—¿Gordon Steele? ¿No fué el que construyó el ferrocarril central?

El mismo.

—Decididamente es preciso que yo me entienda con Steele para la terminación de estas obras.

Esta resolución de Morgan, hizo tornarse vidriosa la mirada de Palmer y una odiosa sonrisa piegó sus labios carnosos, pero reprimió su acceso de rabia, porque le miraba en aquel momento Elena y era indispensable a sus proyectos futuros de matrimonio mostrarse rendido a sus encantos maravillosos.

Y extremando la sumisión y la obsequiosidad, aunque con un volcán de ira rugiendo en su pecho, acompañó a Morgan y a su hija que se dirigían al Gran Dique, para tener una entrevista con el famoso ingeniero, autor de aquella obra gigantesca, verdadera maravilla de ingeniería.

Entregado como siempre a la labor activa, Steele estaba entre sus trabajadores, haciendo acto de presencia en todas partes, vigilando por sí mismo, sin fiarse de nadie, el estado de adelanto de las obras.

Allí fué a buscar Davore Palmer y después de las presentaciones de rigor, Morgan abordó de lleno la cuestión explicando a Steele el objeto de su visita. Pronto quedó cerrado el trato y Gordon afirmó resuelto:

—Perfectamente. El dique quedará ter-

minado esta misma semana e inmediatamente compartiré con Davore los trabajos del ferrocarril.

En aquel momento uno de los obreros que trabajaban en la represa de contención de las aguas del río, tuvo la desgracia de perder pie y cayó al agua desde una altura terrible. El infeliz iba a perecer si no acudían pronto en su auxilio, pero todos aquellos hombres avezados al peligro, vacilaban, y nadie se aventuraba a correr aquel riesgo.

Gordon Steele, al oír el grito de la víctima y los clamores que su caída levantara, volviéndose hacia el lugar de la ocurrencia y despojándose de su americana y el sombrero, bajó rauda la pendiente con riesgo de su vida y se precipitó en el agua. Merced a esfuerzos poderosos llegó hasta el pobre obrero y sujetándole con un brazo, mientras nadaba con el otro vigorosamente, le condujo hasta la orilla.

—Ya consigné salvarlo — exclamó Elena que había seguido con ansiedad todos los movimientos del intrépido salvador — ¡Es un hombre de valor!

No contestó Davore a aquella apreciación entusiasta de su "novia", y se mordió los labios hasta hacerse sangre.

* * *

En la residencia que Morgan poseía en las montañas de California y que era el

centro de sus múltiples negocios, el viejo concesionario hablaba con su hija Elena sobre la marcha de las obras, que desde que se encargara de ellas Gordon Steele habían sufrido un adelanto considerable.

—Indudablemente Gordon Steele es un hombre extraordinario...

—No goza de esa reputación entre sus obreros a quienes trata con una crueldad sin límites — contestó Elena a quien Dávore procuraba infiltrar atento y maligno una profunda antipatía hacia el joven y ya notabilísimo ingeniero.

—¡Bah! No hagas caso. Esos hombres son un atajo de holgazanes a los que habría que tratar como a los negros: a latigazos.

Terminadas las obras del Gran Dique y encarriladas las del ramal Morgan, Steele se concedió unas cortas vacaciones con objeto de ir a abrazar a su padre.

Este había sido toda su vida un trabajador infatigable y en la actualidad anciano y enfermo, había buscado el descanso al lado de Gordon.

Steele al ver a su padre, después de saludarle cariñosamente y enterarse con interés del estado de su salud, le dijo:

—Sólo he venido a saludarte. Marcho otra vez a las montañas donde me ha sido confiado un nuevo cargo.

—Me alegro mucho hijo mío y veo que

empiezan a reconocer tu mérito positivo... ¿Y qué cargo es ese?...

Se trata de la terminación de uno de los ramales de los ferrocarriles Morgan.

Al oír este nombre el viejo Steele se puso



—Sólo he venido a saludarte. Marcho otra vez a las montañas donde me ha sido confiado un nuevo cargo.

en pie con violencia y con un rostro alterado, en el que se reflejaba la ira más profunda, exclamó:

—¡No vayas, hijo mío! ¡No te acerques nunca a ese hombre!

—¿Por qué, padre mío?... ¿Le conoces?...

—Sí, hijo, sí; le conozco y pluguiera al cielo que no le hubiese conocido.

—¡Explicate, por favor!

—En una ocasión, Morgan y yo unimos nuestros esfuerzos y nuestros capitales con el propósito de continuar una gran línea ferroviaria y me traicionó y engañó villanamente y el trabajo de largos años quedó entre las garras de aquel bribón, que juraba y perjuraba que el negocio había fracasado y que él no tenía culpa de la pérdida...

—Está bien, padre mío — dijo Gordon con resolución—. Yo sabré pagarle en la misma moneda.

Y desde aquel día, Steele, con el propósito de vengar a su padre, trató de disgustar a los trabajadores para obligarles a ir desertando.

En una ocasión, sorprendió a tres obreros charlando animadamente en vez de entregarse a su labor y teniendo uno de ellos un frasco de ron en la mano, del que echaban los tres sendos tragos.

Steele les afeó su conducta y arrebatando el frasco al bebedor lo arrojó a distancia. Protestó su propietario y aun trató de agredir a Gordon, pero éste de un violento puñetazo le hizo medir el suelo con las espaldas. Tomaron parte los otros por su compañero y el resultado fué la expulsión de los tres de las obras.

Sin saberlo, se había creado Steele tres enemigos formidables.

* * *

Mientras ocurría esta escena en la montaña, en la taberna de Yurquin, éste y Davore Palmer sostenían un interesante diálogo. Palmer decía:

—No echemos a perder nuestro negocio. Tú librame de Steele y el día que yo sea dueño de los millones de Morgan, ten la certeza de que no olvidaré tus servicios.

Iba a contestarle Yurquin, en cuyos ojos brillaba la codicia, cuando entraron en la taberna dos de los hambres despedidos por Steele.

—¿Qué hacéis vosotros por aquí a estas horas? — les preguntó sorprendido Palmer.

—Nos ha despedido Gordon y además ha agredido a éste — contestó uno de los truhanes.

Y contó lo sucedido minutos antes con el frasco de ron.

Maadó Palmer a Yurquin que les diera de beber y entre trago y trago les dijo:

—Id y provocadle. Sois dos contra uno y no os será difícil vencerle. Procurad que sea delante de la hija del "viejo", para ponerlo en ridículo.

Y efectivamente los dos rufianes se acercaron a Steele, en ocasión en que se hallaba en las obras el viejo Morgan con su hija Elena, constataando los adelantos logrados.

La provocación de los borrachos no produjo el efecto que ellos esperaban, pues

Gordon fornido y robusto, se libró de ellos a poca costa, haciéndoles emprender el regreso a su madriguera con el rabo entre piernas y algunos coscorrónes más para aumentar la colección.

Elena que había presenciado la pelea y estaba predispuesta por Palmer en contra del vencedor, dijo volviéndose hacia su padre con manifiesto disgusto:

—Esa manera de tratar a los obreros les decidirá a abandonar el trabajo.

—Tengo plena confianza en Steele — contestó su padre. — Cuando obra así, él sabrá porque lo hace.

La taberna de Yurquin estaba repleta de gente aquella noche. Había baile alegre y las libaciones menudeaban porque todos tenían fondos abundantes, facilitados largamente por Palmer, con su cuenta y razón. Convenía a sus intereses tener de su parte a aquella gente para el momento oportuno.

Palmer se hallaba sentado ante una mesa con Yurquin y los dos obreros despedidos por Steele, y los cuatro compinches meditaban planes de venganza.

El cocinero de la colonia obrera se aprovisionaba en el establecimiento de Yurquin y antes que la costa de comestibles, llenaba su estómago de otro alimento menos sólido, lo que equivale a decir que el regreso a la

cocina no lo efectuaba siempre en línea recta.

Hallábase en aquel momento trasegando un vinazo de "tres cepas", y dirigiendo chicleos a Vera, que se mantenía a una regular distancia de las manazas del atrevido cocinero.

—¿Qué tal os parece darle a ese pellejo, sal en vez de azúcar? Los obreros protestarán en forma airada y daremos un nuevo disgusto a ese maldito Steele.

La idea pareció de perlas a aquellas víboras, y Yurquin, abandonando la mesa y haciendo señas a su sobrina para que se retirara, pasó tras el mostrador, y efectuó el cambio con una habilidad de escamoteador prodigiosa.

Desde hacía algún tiempo una imagen de mujer producía en Steele extrañas alucinaciones. Empezaba a seducirle la gracia encantadora de Elena y algo que no era el odio precisamente, sino todo lo contrario, iba apoderándose de su corazón; haciéndole olvidar la promesa de venganza hecha a su padre tan solemnemente.

Entregado a sus pensamientos se encontraba Gordon, cuando llegó a sus oídos una formidable gritaría, voces, juramentos, imprecaciones.

El escándalo provenía del comedor. ¿Qué había ocurrido? Y se precipitó hacia allí, dispuesto a poner en claro lo sucedido.

Al condimentar el pudding, el beodo co-

cinero echó en la masa una regular cantidad del contenido del saquito que le vendiera Yurquin y, claro, el cambio del azúcar por la sal produjo el efecto apetecido.

Protestaron en forma descompuesta los obreros, quiso argumentar el cocinero y surgió el escándalo. Cuando más ensordecedor era el griterío, penetró en el comedor Steele, que inquirió la causa de aquella batahola.

Explicáronle el hecho y para convencerse cogió un plato de pudding y llevó una cucharada a sus labios.

El sabor, en efecto, era endemoniadamente repugnante, pero como Steele estaba ya harto de aquella gentuza, con gran asombro de todos, después de paladear aquel "suculento" manjar, exclamó "complacido":

—No sé por qué se quejan, cocinero. El "pudding" está exquisito.

Aquello fue la mecha aplicada a la pólvora de la indignación. Todos protestaban a voz en cuello. Steele impuso silencio con un gesto enérgico y exclamó:

—El que no esté conforme, que aice el dedo.

—Yo... yo... yo... — gritaron todos a una.

—Pues bien: podéis marcharos — les dijo Gordon —. Yo encontraré hombres que os sustituyan.

En pocos segundos el comedor quedó vacío y Steele se frotó las manos satisfecho.

* * *

Y cuando Steele se dirigía al pueblo inmediato en busca de obreros, al llegar a un arroyuelo que cruzaba la carretera, encontró el coche de Elena parado en el camino a causa de una avería, al parecer.

Detuvo Gordon su "auto" y tras saludar a la joven le preguntó:

—¿Qué le ocurre, señorita? ¿Puedo serle útil en algo?

Guardó la joven un silencio desdeñoso y aun volvió la cabeza hacia otro lado como con disgusto.

—¿No me contesta, señorita? ¿Se ha quedado muda del susto? — preguntó sonriendo con malicia.

—No necesito que me socorra un hombre tan brutal como usted! — exclamó por fin Elena haciendo un mohín de disgusto, aunque mirándole de reojo.

—Bah! Si no es más que eso... No va usted a quedarse aquí en este charco aguardando a convertirse en rana — dijo Steele sonriendo.

Y desarrollando una cuerda, unió los dos "autos" disponiéndose a sacar del atolladero al que guiaba Elena.

Esta le miró a hurtadillas y haciendo un mohín pícaro, pues a ella también empezaba a interesarle aquel hombrón con coacción de niño, pensó para sí:

—¡Pues no es tan feo como parece a primera vista!

Steele había terminado la operación y puesto en marcha el motor, pero como Elena disimuladamente frenaba con todas sus fuerzas, el remolque no se efectuaba.

Gordon comprendió la estratagema al ver la cara socarrona de la joven, pero como estaba dispuesto a prestarle ayuda aun en contra de su voluntad, hizo virar el coche en redondo y colocándolo paralelo al suyo, haciendo honor al calificativo de "bruto", que tan gratuitamente le había aplicado Elena minutos antes, la extrajo de su asiento y la sacó del arroyo.

Terminado el salvamento, Steele, riendo a carcajadas de la cólera cómica de Elena, reprendió su camino.

Pero cuando llegó al pueblo halló que los obreros disponibles en aquella localidad, "trabajados" por Davore y Joaquín se negaban resueltamente a entrar a su servicio.

Sólo uno, nuestro antiguo conocido Tommy Bater, se ofreció a seguirle, diciéndole:

—No obstante mi inmenso amor por Vera, tuve que alejarme de ella por temor a Yurquin. Aquí he descubierto que Palmer está en relaciones con la empresa rival de Morgan.

—¿Qué dice usted? — exclamó Steele, sorprendido.

—Como lo oye. Se propone que el ferrocarril no esté terminado en el plazo de con-

cesión y que Morgan tenga que concederle la mano de su hija para salvarse de la ruina.

—¡Canalla! — gritó Gordon, cuyo corazón era incapaz de la doblez—. ¡Ya ajustaré yo las cuentas a ese granuja!

Y montando en el "auto" con Bater, regresó a toda marcha a la concesión.

Impulsado por su naciente amor hacia Elena y deseando descubrir y destruir las maquinaciones de Palmer, Steele imprimió a las obras una gran actividad con el fin de terminarlas en el plazo de concesión.

Llegó al lugar donde debían estar los hombres trabajando, pero sólo encontró a dos o tres que lo hacían perezosamente.

—¿Dónde está la gente? — preguntó a Palmer que sonreía socarrón riendo de su triunfo.

—Los demás hombres están comiendo en casa de Yurquin.

Voló al tugurio Gordon y cuando la jerga llegaba a su apogeo, se lanzó en medio de la estancia y gritó con voz estentórea:

—¡Muchachos! Es hora de volver al trabajo!

Obedecieron todos, aunque de mala gana, pero no se atrevió nadie a protestar, porque sabían cómo las gastaba el ingeniero.

Este echó tras ellos y cuando los vio entregados a sus tareas, exclamó mirando intencionadamente a Palmer, que no podía ocultar su despecho:

—El ferrocarril quedará construido en el plazo convenido, Palmer.

—Eso será verdad si tiene hombres para ello.

—Cuento con todos los que trabajaron a mis órdenes en el Gran Dique. Hay mismo iré por ellos, pues aun no regresaron a sus casas.

Palmer se separó de él con la rabia en el pecho y lanzó una maldición rotunda se dirigió apresuradamente a casa de Yurquin. Este estaba charlando con los dos bandidos amigos suyos.

—Ha llegado la hora de tomar una determinación enérgica. Steele no debe llegar al Gran Dique, — les dijo Palmer con voz sorda, sentándose a su lado.

Y entre aquellos granujas se tramó un plan infame para desentharazarse del odio rival.

Terminado el conciliábulo, se retiró Palmer, y Vera, que había escuchado la conversación, dijo horrorizada a su tío:

—Lo que intentan hacer es una infamia. Yo advertiré a Steele.

No pudo acabar la pobre muchacha porque su tío, ebrio de cólera, cayó sobre ella y empezó a golpearla brutalmente.

En aquel momento pasaba por delante de la taberna, Steele, que, al oír los gritos de auxilio de la muchacha, corrió en su socorro y después de breve lucha, puso a Yurquin "knock-out" de un soberbio puñetazo en la mandíbula.

Cogiéndolo luego a Vera por un brazo la atrajo tierna y respetuosamente hacia sí, pues la pobre muchacha iba a desmayarse por el susto pasado y la condujo, para más seguridad y ponerla al abrigo de la segura



...Steele, al oír los gritos de auxilio de la muchacha, corrió en su socorro...

venganza de Yurquin, a su propia habitación.

Pero quiso el destino, que cuando así marchaban enlazados, llegaron al pueblo Elena, la hija de Morgan acompañada de Palmer.

Al verlos preguntó:

—¿Quién es esa muchacha?

—Es la sobrina de Yurquin. Steele parece que le hace el amor ahora.

Mentía a sabiendas, pero también él había notado el cambio operado en Elena en favor de Gordon.

La joven sintió el golpe en mitad del corazón y una nube de tristeza empañó sus ojos, pues aunque no se lo hubiese confesado nunca, Elena amaba ya a Steele con toda su alma...

* * *

Los criminales planes de Yurquin y Palmer iban a realizarse.

Cuando Steele y Tommy se dirigían en "auto" al Gran Dique, en busca de obreros para continuar las obras, vieron con sorpresa, que las gentes apostadas por aquellos bandidos, iban a cortarles el camino y entonces Gordon mirando alrededor suyo, exclamó:

—Hemos caído en un lazo, Tommy. Nuestra única salvación es echarnos al río...

Y al pasar sobre un puentecillo de madera, embistió violentamente contra la barandilla y el "auto" y sus ocupantes cayeron al río.

Como ambos eran buenos nadadores, el accidente no tuvo más consecuencias que el remojón y ganando la orilla prosiguieron su camino a campo traviesa.

A los pocos días el padre de Steele recibió una carta de su hijo en la que éste le decía:

"He descubierto una conspiración contra Morgan, tramada por Palmer y esto me ha hecho desistir, por ahora, de mis propósitos de venganza.

Estoy decidido a terminar las obras del ferrocarril en el plazo convenido.

Tu afectísimo hijo

Gordon".

Y el mismo día en casa de Yurquin se presentó un policía diciéndole al Terrible:

—Tengo orden de cerrar tu tugurio y llevarte a ti a la cárcel.

Y efectivamente la taberna fué clausurada y Yurquin salió de allí custodiado por su aprehensor.

Entretanto en casa de Morgan, Palmer intentaba un último esfuerzo para desembarazarse de Steele.

Aprovechándose de un descarrilamiento ocurrido días antes a un convoy de material, decía al viejo:

—He venido a anunciarle que Steele le traiciona. Lo que los obreros construyen, él procura destruirlo valiéndose de todos los medios. Lo ocurrido días pasados con el convoy de obras no fué un accidente fortuito...

—¡Sería horrible... no, no puede ser! —dijeron a un tiempo el padre y la hija.

—Les aseguro que del accidente es responsable Steele, que se propone vengarse así, porque es hijo de un antiguo enemigo

vuestro cuya ruina causó usted en otro tiempo.

En aquel mismo instante entró en la estancia Gordon que fué a saludar afectuosamente a Elena y a Morgan, pero éste, con bastante sequedad le preguntó:

—¿Es usted hijo de Pedro Steele?

—Sí, señor.

—¿Y retarda la terminación del ferrocarril con la intención de vengarse de mí?

Iba a contestar Steele a esta acusación directa, cuya procedencia conocía, pero no tuvo tiempo, ni fué necesario, porque en aquel momento penetró como una furia Yurquin, desencajado, con la ropa hecha jirones — había logrado fugarse — y arrojándose sobre Palmer, lívido de estupor, y golpeándole furioso, gritó:

—Me prometiste ayudarme, infame, y me abandonas cuando más necesito tu protección!

Acudió Steele a separarlos; huyó Palmer corrido de aquella casa y Yurquin acosado a preguntas acabó por confesar:

—Yo no hice más que ayudarle a impedir la terminación del ferrocarril y obligar así a la señorita a casarse con él.

Elena al oír aquello, bajó la cabeza avergonzada y Morgan dirigiéndose a Steele y tendiéndole la mano, exclamó:

—Me equivoqué y le ruego que me perdone. Le prometo que sabré reparar el daño que, involuntariamente, ¡se lo juro! pude ocasionar a su padre.

—La prueba de que le perdono, es que en este mismo momento regreso a las obras y le doy palabra de que el ferrocarril estará terminado en el plazo convenido.

Y salió de aquella casa satisfecho de sí



—*Me equivoqué y le ruego que me perdone.*

misimo y henchido el corazón de ilusiones porque en la mirada que le dirigiera Elena al marcharse había algo más que gratitud...

* * *

Steele cumplió su palabra de terminar las obras en el plazo convenido y el día antes de expirar éste, remachó él mismo la última soldadura a petición de sus obreros, que prorrumpieron en vitores y aclamaciones.

nes estruendosas. Mientras tanto, Palmer meditaba un nuevo intento de desquite.

Por un telegrama recibido de la concesión, se enteró de que Steele había terminado las obras y se dirigía a efectuar el paso del



Mientras tanto, Palmer meditaba un nuevo intento de desquite.

primer tren, conduciendo él mismo la máquina.

Palmer ideó una hazaña diabólica. Llegó a la estación de término y sin ser visto puso en marcha una locomotora en dirección al tren de Steele y se arrojó a la vía.

Y la máquina sin dirección avanzó a una velocidad vertiginosa, al mismo tiempo que el primer tren de la nueva línea se ponía

en movimiento para llegar a la estación de destino a las doce en punto, hora en que vencía el plazo de concesión.

Elena en su magnífica jaca torca se dirigía a la estación de llegada a esperar el tren en que venía su padre, cuando a la mitad del camino aproximadamente, el telegrafista de un pueblecillo, salió a su encuentro y con voz agitada le dijo:

—Una mano criminal ha lanzado una máquina contra el tren de la nueva línea Morgan. La catástrofe es inevitable, puesto que no es posible llegar a tiempo al cruce de vías para cambiar la aguja.

—¿Está muy lejos el cambio?

—La aguja más próxima dista de aquí unos diez kilómetros y la máquina y el tren avanzan a una velocidad de setenta u ochenta por hora.

—¿Qué horror! — exclamó Elena.

Y fustigando a su corcel y clavando las espuelas en los flancos del animal hasta hacer brotar la sangre se lanzó a un galope desesperado a campo traviesa, saltando cercas y riscos, dispuesta a hacer un supremo esfuerzo para conjurar aquel peligro espantoso.

Entretanto el tren avanzaba a toda velocidad devorando kilómetros. En el interior, los invitados celebraban con júbilo la terminación de la línea y en el ténider de gobierno, Steele y Morgan aceleraban febriles la marcha.

—Con la ayuda de Dios, llegaremos a la

hora convenida... Son las doce menos cuarto y faltan ya muy pocos kilómetros.

Y allá a lo lejos proseguía Elena en su carrera desenfrenada. La jaca chorreaba espuma, sus ojos parecían escaparse de sus órbitas y de las aletas nerviosas de su morro fino se escapaban relinchos agitados.

Era un hermoso espectáculo ver aquella lucha gigantesca entre el monstruo de acero y la sangre brava de la noble bestia.

Y cuando ya Steele había divisado el peligro y veía la catástrofe inevitable, Elena tirándose de caballo, de un brinco cogía la palanca y desviaba la aguja, en el preciso instante en que la locomotora criminal pasaba ante ella como un monstruo desbocado vomitando llamas siniestras.

¡La vía estaba libre y el triunfo estaba descontado!

Pero un recuerdo doloroso vino a turbar la alegría que su heroica acción producía en el alma de Elena... En su memoria estaba impresa la escena de Gordon y Vera, abrazados amorosamente.

Algunos días después, entró en su casa Vera en traje de camino.

—Como no pudo asistir a la boda, hemos querido venir a despedirnos de usted.

Sonrió tristemente Elena, pues no dudaba de que el novio fuera Steele y contestó con frialdad:

—Os deseo a los dos muchas felicidades, más de las que yo he logrado y espero conseguir...

—¡Tanto nos queremos, que nuestra felicidad está asegurada!

Aquella afirmación de dicha, aumentó aún más el dolor de Elena, cuando Tommy Batter entrando de pronto, dijo a Vera



Y cuando ya Steele había divisado el peligro y veía la catástrofe inevitable...

—¿Vamos Vera? ¡Ay! —añadió, sorprendido al ver a Elena y descubriéndose respetuosamente—. ¡Perdón, señorita! Creí que estaba sola mi mujer...

—¿Su mujer? Pero, ¿es ese tu marido?

—¡Claro que es Tommy mi marido! ¿Con quién creía usted que me había casado?

Elena no contestó a aquella pregunta,

pero reventando de alegría, cubrió de besos ruidosos el rostro de la novia feliz.

Al día siguiente se presentó ante ella Gordon Steele. No por desdén, sino por vergüenza, no pudo contestar a su saludo y



...y ahora los dos viejos eran excelentes amigos.

como aquel día memorable del arroyo preguntó él, burlón:

—¿Sigue usted sorda? Es igual. Está usted bajo mis órdenes. Su padre me ha nombrado director y administrador de cuanto le pertenezca y usted es una de sus propiedades.

¿Qué pasó? ¿Misterio! Pero sin saber cómo,

mo, sus bocas se encontraron juntas en un beso apasionado.

Morgan había cumplido su promesa de reparar las faltas que cometiera con Pedro Steele y ahora los viejos eran excelentes amigos.

Elena y Gordon pasaban por las afueras y al llegar un día al arroyuelo, Steele atrayendo hacia sí a Elena dijo sonriendo:

—Aquí fué nuestro primer encuentro, Elena... Cuando nos casemos, convertiré esto en un estanque donde podrán venir a remar nuestros nietos.

¡Y sus almas se fundieron en un beso!

PIN

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
RICARDO CORTEZ

Próximo número:

UN HÉROE DE LA VELOCIDAD

por el griego JOHNNY HINES

Postal-obsequio: AGNES AYRES

La Novela Femenina Cinematográfica

Salen todos los viernes

AYER APARECIÓ

el libro 77 de la biblioteca *Los Grandes Films*

de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

MALDAD ENCUBIERTA

por LON CHANEY, RENÉ ADORÉ,
OWEN MOORE, etc.

¡ É X I T O !

LEA USTED

“COBRA”

por RODOLFO VALENTINO y NITA NALDI

EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

"NO LO OLVIDE NI LO DEMORE"

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Lepetona, 12. - Teléfono 4421 A. - BARCELONA

J. Morte Impresor - Barcelona